

---

GAILLARD, Michèle (coord.), *L'empreinte chrétienne en Gaule du IV<sup>e</sup> au IX<sup>e</sup> siècle*, Culture et société médiévales 26, Turnhout, Brepols, 2014, 538 p. + láms, ISBN: 978-2-503-55044-2.

---

En otoño de 2010 se celebraron unas jornadas en la Universidad de Lille, cuyo tema recoge el título de este volumen, que estuvieron enfocadas a la obtención de conclusiones de los quince volúmenes aparecidos hasta esa fecha en la monumental *Topographie chrétienne des cités de la Gaule, du III<sup>e</sup> siècle au milieu du VIII<sup>e</sup>* dirigida por N. Gauthier y J.-Ch. Picard (París, de Boccard, 1986-2007), que por fortuna no fueron los últimos. La suma de comunicaciones y trabajos de carácter histórico y arqueológico que allí se expusieron se ha publicado agrupándolos en tres capítulos divididos en epígrafes.

El primero (*Les héritages antiques*, p. 21-147) recoge artículos de Pierre Jaillette, Audrey Becker y Emmanuelle Raga agrupados en el epígrafe « L'influence du christianisme dans l'Empire romain tardif ». P. Jaillette destaca que el emperador Constantino publicó una constitución que prohibía las prácticas mágicas en el medio rural para satisfacer a los cristianos, aun cuando esta contradecía algunas prescripciones del agrónomo Paladio. El interesante trabajo de Audrey Becker corrige la idea consolidada —a raíz de las publicaciones de Ralph Mathisen en 1993 y Andrew Gillet, en 2003— de que los obispos galos intervinieron directamente en las relaciones diplomáticas romano-bárbaras, ya que las fuentes no nos autorizan a generalizar su autoridad política para estas fechas, lo que nos obliga a rectificar el papel de legados imperiales que, a lo largo del s. VI, se les atribuyó en sus *Vitae*; de manera que las entrevistas que los prelados mantuvieron con los reyes estarían motivadas, más bien, por asuntos relacionados con sus sedes episcopales. Finalmente, Emmanuelle Raga plantea la dificultad que a obispos y monjes supondría conciliar las normas marcadas por la hospitalidad, que aconsejaban agasajar a los huéspedes con banquetes, con la práctica de las directrices alimentarias cristianas, que exigían moderar las cantidades y evitar el placer con la ingesta alimenticia.

El segundo epígrafe, « Construction de modèles chrétiens », incluye tres trabajos más. El de Bruno Judic estudia la importancia que tuvo el culto a san Martín en la Galia e Italia, habida cuenta de los numerosos lugares construidos bajo su advocación, los cuales, además de funcionar como centros promotores del ascetismo y la vida monástica, a partir del siglo VI también pudieron ser un instrumento del Imperio en la lucha contra los arrianos, pues sabemos que hubo casos en los que las peregrinaciones podían encubrir viajes diplomáticos, como la de Venancio Fortunato a su tumba en Tours. No fue el único. Unos años después, en el contexto de las guerras del converso Hermenegildo contra su padre Leovigildo, la reina Brunehilda, suegra del primero, envió al obispo de Châlons-sur-Marne a visitar y hacer una ofrenda económica a un monasterio de san Martín que estaba próximo a Denia (Gregorio de Tours, *Gloria Conf.* XII-XIII; probablemente el autor no ha traído a la memoria este ejemplo, porque se salía fuera del ámbito geográfico de su estudio). Además, la misma imagen del Santo, recordado por su papel en la lucha contra el paganismo y el arrianismo, serviría para mantener viva la fe y la voluntad del empera-

dor. Sería muy interesante extender el tema de este trabajo a la Península Ibérica, donde, en el contexto del proyecto CARE-Hispania, se han catalogado varias iglesias tempranas puestas bajo advocación martiniana. Las páginas de Marie-Céline Isaïa enlazan con las de Audrey Becker y también, en el capítulo siguiente, con las de Jean-François Reynaud e Ian Wood. Se destaca en ellas que las *Vitae* de los obispos de Lyon escritas en los siglos v y vi priorizaban potenciar la imagen de poder de los prelados antes que subrayar sus virtudes cristianas. Finalmente, Bruno Dumézil defiende que el modelo de rey cristiano merovingio fue el resultado de la influencia de la cultura bíblica, con la del imperio cristiano y la de la tradición eclesiástica que se orientó a procurar el acercamiento entre trono y altar, a las que aún se les podría sumar una cuarta, de origen germánico. Dicho modelo no emanó de textos teóricos, ni de un auténtico discurso político, sino que se fue perfilando en la correspondencia epistolar mantenida individualmente entre los obispos y los reyes francos desde finales del siglo v.

El segundo capítulo (*La ville chrétienne*, p. 151-288) se inicia con un grupo de trabajos de contenido arqueológico agrupados bajo el título « Lieux du culte chrétien ». Marc Heijmans revisa la ubicación de los edificios religiosos en el plano de Arles, intra y extra-muros, y pone al día el trazado de la *ecclesia magna* de Saint Étienne (la catedral), donde las excavaciones realizadas entre 2006 y 2008 han sacado a la luz mejoras que pueden remontarse a los días del episcopado de Cesáreo, tales como un *synthronos* tapizado de *opus signinum*. Sylvie Balcon-Berry y Walter Berry estudian los edificios no cultuales del grupo episcopal de Autun, lo que les permite modificar los datos publicados en los volúmenes III y IV (a. 1986) de la *Topographie*. Pascale Chevalier, tras el descubrimiento de la piscina primitiva en la catedral de Puy, ha retrasado la fecha de la fundación del baptisterio de san Juan desde época románica hasta finales del siglo v o comienzos del vi. Finalmente, Raymon Brulet demuestra que la ciudad de Tournai, una aglomeración de poca importancia durante el Bajo Imperio, tuvo vitalidad religiosa en los siglos siguientes, si bien ni las fuentes documentales ni la arqueología permiten concluir que tuviera rango de sede episcopal. En esta y otras muchas ciudades se construyeron lugares de culto a los santos con tipología variada en los que, a falta de un cuerpo real, se recurría a la exposición de reliquias.

A los santos está dedicado el último epígrafe de este capítulo. Jean François Reynaud se ocupa de investigar a los mártires de Lyon y Vienne cuyo culto se desarrolló desde finales del siglo iv y, muy especialmente, en el reinado de los burgundios y, posteriormente, de los francos. Sus líneas tienen relación estrecha con el trabajo de Ian Wood, del que trataremos más abajo. Reynaud ha buscado confirmación arqueológica a los edificios funerarios (mausoleos, *martyria*, *memoria*, *cripta*, *cellola*) que se mencionan en las fuentes documentales. Su rastreo ha sido exitoso en las criptas localizadas en Lyon, Ginebra y Grenoble que tuvieron función funeraria ya desde el siglo v, pero no en otros casos, como el de los 177 mártires de Lyon cuyo culto no fue popular de manera temprana, probablemente debido a que las cenizas residuales de su martirio fueron arrojadas al Ródano. Desde el siglo v cobró auge en las ciudades el culto a santos vinculados con el monacato y a

obispos a quienes se propuso como nuevos modelos e intercesores a través de sus *Vitae*. Se sospecha que la rivalidad existente entre las ciudades pudo inducir al redescubrimiento de reliquias perdidas —como las citadas cenizas— y a la construcción de importantes monumentos para custodiarlas, eso sin olvidar que, en otros casos, se transfirieron a edificios más dignos. Otro grupo de gran interés fue el de los santos militares de la legión tebana que fueron promovidos por diferentes miembros de la familia real burgundia, por lo que también debían existir en su seno rivalidades en lo concerniente a la expresión pública de la piedad. Firman el último trabajo de este grupo Michèle Gaillard y Christian Sapin, que ponen en evidencia un culto temprano, a comienzos del siglo v, en la ciudad de Saint Quintin (*Augusta Vermanduorum*), que de inmediato adquirió carácter público, a juzgar por las inhumaciones *ad sanctos*, a pesar de que escribió su *Vita* san Eloy siglo y medio después, para no perder el control del santuario.

En el tercer y último capítulo, *Les cadres de la vie chrétienne* (p. 291-509), tres artículos se agrupan bajo el epígrafe « L'expansion monastique » al que podríamos añadir como corolario: «El peso de la arqueología en el conocimiento del monacato primitivo galo». El artículo de base arqueológica de Yann Codou aborda el conjunto de las siete capillas más antiguas de la isla de Lérins que permiten identificar la existencia de una primera comunidad eremítica, a la manera oriental, que buscó aquí su «desierto» y se organizó en torno a un pequeño oratorio que, posteriormente, adquirió función funeraria. El trabajo de Sébastien Bully, Aurélia Bully, Morana Causevic-Bully y Laurent Fiocchi estudia el importantísimo complejo paleocristiano de Luxeuil en cuyos edificios el exilado monje irlandés Colombano y sus compañeros, a finales del siglo vi, establecieron su «desierto». Por los restos arqueológicos hallados se sospecha que allí se había producido con anterioridad una reorganización de la diócesis de Beçancon, fenómeno que se observa en otros lugares de la Galia (como estudia Laurent Schneider más abajo para el caso de la *Narbonensis I*). Dichas modificaciones pueden ser una huella dejada sobre la topografía de las tensiones que se produjeron entre las oligarquías al remodelarse las fronteras, cuando se instauraron los reinos bárbaros. La duda que se nos plantea es si esta supuesta reorganización diocesana se hizo para cumplir con lo prescrito en el c. 17 del concilio de Calcedonia, donde se estableció que los límites de las diócesis eclesiásticas tenían que superponerse a los administrativos, y si estos se correspondían con los del *territorium* de una ciudad, una vez que con el nuevo orden administrativo se fue desmembrando el de las antiguas. Finalmente, Étienne Louis concluye este epígrafe con un estudio sobre la reconstrucción en época carolingia del monasterio femenino de Hamage. Se hizo con piedra y con un espacio ordenado de acuerdo con la reforma de Benito de Aniane. Las excavaciones han sacado a la luz el hallazgo fascinante del enterramiento de la primera abadesa, la *nobilissima mater familias* Gertrude que recuerdan las fuentes documentales, que quedó oculto bajo los cimientos del edificio carolingio.

El último epígrafe, « Le christianisme en milieu rural », contribuye al diseño del confuso marco de las relaciones socioeconómicas en la Antigüedad Tardía y la alta Edad Media del que las fuentes escritas proporcionan escasa información. Jean Terrier ha estudiado el

fruto de cuarenta años de excavaciones en pequeñas iglesias rurales de madera en la región de Ginebra, que tenían función funeraria y se construyeron sin un modelo preestablecido entre los siglos v y vii. Su conclusión (p. 410) es que no se deben buscar plantas homogeneizadas antes de la llegada del románico. Destina las líneas finales del trabajo a hacer un rápido repaso del mismo asunto en la Galia del Norte, donde por el contrario no halla rastro de fundaciones rurales tempranas. La fisonomía del paisaje septentrional comenzó a cristianizarse solo a partir del siglo vii, al amparo de tumbas de santos y establecimientos monásticos. Esa diferencia temporal puede deberse a que en la región de Ginebra las excavaciones se han hecho dentro de iglesias que siguen en uso, lo que no ha ocurrido en el norte. El mismo asunto de las iglesias rurales, pero para la Galia del sudeste, lo trata Laurent Schneider. Allí el paisaje urbano y rural se modificó en profundidad al multiplicarse las construcciones religiosas en aglomeraciones humanas de segundo orden, sin rango de *civitas*, por iniciativa episcopal, aristocrática y monástica. La tensión política vivida en la zona, antes y después del año 476, con sus corrimientos de frontera correspondientes, tuvo su reflejo en la resistencia de los obispos que veían modificarse las demarcaciones bajo su autoridad y cómo intentaba eludirla la aristocracia local también. Todo ello quedó reflejado en el año 506 en el concilio de Agde, donde los obispos del *regnum Tolosanum* extendieron el derecho canónico a los dominios de culto de la elite civil, lo que, además de contravenir sus derechos, evidencia forcejeos entre ambos grupos. Los edificios rurales serían atendidos por un clero cuyas actividades estarían en consonancia con su función. Estudiar el clero rural en la época carolingia es el objeto del trabajo de Charles Mériaux. Habida cuenta de que, por su propia función, aquel estaba dotado de autoridad espiritual y, además, administraba un patrimonio interesante en los lugares donde se veneraban reliquias, los obispos intentaron controlarlos directamente y, por medio de instrucciones escritas precisas (actas conciliares; capitulares diocesanas; cartas dirigidas a jerarquías inferiores, como el interesante *corpus* de Hincmar de Reims...), configuraron verdaderos *specula* sacerdotales entre cuyas líneas también se entrevén conflictos sobre quién debía hacerse cargo de esas iglesias o qué medidas podían adoptar colectivamente el clero de la zona y las aristocracias locales (dejarlas arruinarse, por ejemplo) para contestar una decisión episcopal. Isabelle Carton aporta el último trabajo del libro con interesantes reflexiones sobre las necrópolis rurales de la Galia y la modificación del espacio rural funerario donde el cristianismo parece que no se extendió como una mancha de aceite. La renovación de los métodos arqueológicos desde los años ochenta del siglo pasado está permitiendo romper con planteamientos estrictos y simplistas sobre la adjudicación de las tumbas y el estudio de las costumbres funerarias, porque al comienzo de la Edad Media, época de herencias y fusiones culturales múltiples, dichas prácticas fueron diversas. Por otro lado, al tratarse de un asunto privado de la incumbencia de las familias, la Iglesia no pudo imponer ciertos usos a los particulares —como la inhumación en la proximidad de una iglesia— ni oponerse a otros —como la incineración practicada por frisonos y sajones. En realidad, se piensa que eran los *potentes* quienes introducían las novedades, por ejemplo las necrópolis familiares, y no fue hasta los días de Carlomagno (a. 785) cuando se calificaron ciertas

costumbres como paganas y se sancionaron para eliminarlas. A pesar de los avances, a la arqueología aún le queda responder a muchas cuestiones, tales como el motivo de que se abandonaran los cementerios en filas o se dejaran de depositar objetos personales en la tumba.

Las conclusiones de Stéphane Lebecq (p. 511-521), excelentemente trabadas, cierran el volumen y facilitan al lector que pueda interrelacionar el grueso de los artículos. Finalmente hay unas láminas en color que completan las figuras y las fotos de los artículos correspondientes.

Ana M.<sup>a</sup> Jiménez Garnica

---

GÓMEZ MORENO, Manuel, *Adam y la prehistoria*, prólogo de Juan Pedro Bellón, Urgoiti Editores, Pamplona, 2015, CCLXIV + 198 p. (reedición del original de 1958), ISBN: 978-84-940991-4-4.

---

La reedición por Urgoiti Editores, dentro de la colección «Historiadores», de la obra de Manuel Gómez-Moreno, *Adam y la prehistoria*, editada por Tecnos en 1958, sirve a Juan Pedro Bellón, investigador del Instituto Andaluz de Arqueología Ibérica, para trazar en su estudio preliminar, *Manuel Gómez Moreno: 100 años de arqueología española*, una interesante visión de uno de los personajes clave de la investigación y sistematización del arte y la arqueología medievales en España durante el último cuarto del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX.

Sobre la vida y obra de Manuel Gómez-Moreno Martínez (1860-1960) conocíamos hasta el presente la amable biografía en fondo y forma que le dedicó en 1995 su hija María Elena Gómez-Moreno Rodríguez, así como una parte de su correspondencia con los principales impulsores de la Institución Libre de Enseñanza y la Junta de Ampliación de Estudios, como Francisco Giner de los Ríos y José Castillejo Duarte, a través del recopilatorio publicado en tres volúmenes entre 1997 y 1999 por el hijo del segundo, David Castillejo Claremont. Aunque se trata, especialmente en el segundo caso, de un interesante acervo documental en el que pueden reseguirse elementos clave para la institucionalización de las ciencias histórica y arqueológica en la Península como son la creación de la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (1907); la Residencia de Estudiantes con la insoluble aportación de Alberto Jiménez Fraud a su organización y consolidación como un centro de referencia hasta el final de la Guerra Civil; la Ley de Excavaciones de 1911 y su reglamento posterior; la organización de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades; la creación, desarrollo y fracaso de la Escuela de Roma; la constitución de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas y su vinculación a la JAE y al